



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11642

REGLAMENTO DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 21

JUEVES 2 DE MAYO DE 1901

CONTENIDO

Si hayo para siempre publicado y en metálico ó en letra...
La correspondencia en París, y la de los corresponsales en
los puntos de la América del Sur, por Montecristo 31

LOS MENDIGOS

El suceso de que ayer dimos cuenta, referente a dos hombres que imploraban la caridad pública subiéndose a las habitaciones ó insultando a las personas que les negaban el socorro pedido, da una clara muestra de como proceden en muchos casos esos menesterosos que en muchas ocasiones más que lastima provocan la ira. Y el atentado contra el guardia que les fue a las manos, deteniéndolos para conducirlos al depósito a disposición del alcalde, hace suponer que dentro de los harapos con que se cobijan varios de esos mendigos se encuentran criminales en lugar de pobres.

El caso ayer ocurrido es uno de tantos. Hace cuatro días, en una casa de un barrio extramuros, fueron insultados dos señores que no pudieron socorrer a un pobre que apesataba a vino.

Es triste cosa que aquí donde tanto dinero se reparte en limosnas por los particulares y donde la caridad oficial es más verdadera que en ninguna parte, tengan que aguantar los vecinos ese asedio constante; y es más triste aún que alardeando de que esta población es una de las principales de España por su industria, comercio y cultura, sea poco menos que un adar riffeño por lo tocante a esa plaga de pobres que se ostenta de continuo en sus calles.

El extranjero que llegue a este puerto verá al desembarcar la Tienda Asilo que remedia tantas necesidades. Si desea visitar monumentos no encontrará ninguno; pero a poco que entable conocimiento con alguien le llevará a este a ver el Hospital, la Casa de Ancianos, la Casa de Expositos y la Misericordia; y al sentirse admirado al ver en tan poco terreno tantas casas de beneficencia, crecera su

admiración de punto al verse rodeado de mendigos que le piden limosna.

Y tendrá razón al sorprenderse por ese fenómeno. ¿No la ha de tener si a nosotros mismos nos causa extrañeza que haya tantos demandaderos de limosna donde no debiera haber ninguno!

De vez en cuando se emplea contra esa plaga un remedio, pero no da fruto. Poco importa que se ataje la invasión por un punto si se verifica por otro, é importa menos que se explian para los pueblos de su naturaleza los mendigos. Apenas deja de pesar sobre ellos el ojo vigilante de la autoridad, contramarchan y vuelven al punto de partida.

El remedio no sirve; se ha puesto en práctica numerosas veces y siempre con idéntico nulo resultado.

¿Por qué? Porque cerca de la población tienen albergue donde pasar la noche mediante el pago de unos cuantos céntimos; porque encuentran aquí la limosna que sostiene sus vicios; porque esa profesión de mendigo resulta en Cartagena sobrado lucrativa para pasar la vida y correr de cuando en cuando una juerga.

Ya pudieran hablar algo de esto los individuos de la policía y todos los que han desempeñado cargos de autoridad, como pudieran decir también algo del remedio eficaz para desterrar esta plaga de pobres, que á cada momento adquiere mayor densidad.

TIJERETAZOS

Que peso se me ha quitado de encima. Reverte, el inelito Reverte, el nunca bien ponderado Reverte, sobre cuyo porvenir tengo ya hechas tantas cabaladas, ha hecho sus pruebas en Lisboa, con toda felicidad.

Ya está en disposición el diccionario de que la afición le contemple delante del toro, en tanto que un millón le obligue á acostarse otra vez.

Ya ¡quién piensa en los problemas sociales, ni en los políticos, ni en las asociaciones, ni en ninguna clase de problemas?

Reverte y solo. Reverte. Pan y toros. Y los toros con preferencia al pan.

Dice un telegrama: «En París ha descargado un ciclón de granizo, sin consecuencias.» O los ciclones han venido á menos ó á cualquier soplo se le llama ciclón.

Allá vá eso: «En nueva Bretaña, unos salvajes capturaron á un millonario alemán que viajaba en un yate, acompañado de su secretario.

Los antropófagos mataron á los dos viajeros y se comieron tranquilamente al secretario.»

Si el millonario era hombre de pocas taneas, no comprendo la preferencia. Sería más suculento el secretario.

En Barcelona se ha exhibido en casa de Tancredo un D. Sebastián.

El cual señor no hizo más que ponerse en funciones y volar por el aire, empujado por las astas de un toro.

Y como sería ese D. Sebastián de atrevido que quiso repetir la suerte!

Por fortuna el gobernador, que estaba presente, le manifestó que para una tarde bastaba con un vuelo.

Han sido anuladas las elecciones provinciales de Ibiza y se procederá á nueva elección.

¡Qué suerte!... Elecciones provinciales por duplicado. Elecciones de diputados á Cortes. Elecciones de senadores.

Y dentro de unos meses, elecciones de ayuntamientos.

La vida de esa población se desliza en pleno período electoral.

Y el presupuesto del común se desliza también que es un contento en el ejercicio del sufragio.

Si después de tanto meter papeletas en las urnas no salen nuestros los hijos de Ibiza, serán unos torpes.

BOTELLAS VIAJERAS

LAS CORRIENTES MARIÑAS

La costumbre de arrojar botellas al mar usada desde largos tiempos para transmitir mensajes confidenciales al capricho de las olas, se utiliza actualmente con un fin científico en el estudio de las corrientes marinas tales como el Gulf-Stream y la gran corriente japonesa del Pacífico.

Uno de los primeros en utilizar este procedimiento fué el Príncipe de Mónaco para sus estudios oceanográficos; pero á los Estados Unidos corresponde ahora el privilegio de dar á estas tentativas, hasta hoy puramente particulares, un carácter oficial.

Desde 1895 empezaron á lanzarse botellas al mar con el carácter de servicio público, cuya inspección pertenece al ministerio de Marina.

Para facilitar su funcionamiento se remittieron á los buques fórmulas é instrucciones impresas, contenidas en siete idiomas las siguientes frases: «Documento sobre las corrientes marinas. Nombre del buque, nombre del capitán, fecha del lanzamiento de la botella á la mar, nombre del que la ha recogido, fecha y sitio del encuentro.»

Se eleva el ancla, parte el buque; cuando le parece bien, el capitán lleva esa botella en la parte que le conviene; lo encierra en una botella cuidadosamente tapada y la lanza al mar.

El primero que la encuentra, á veces á millares de leguas del sitio donde fué arrojada, la rompe, llena las líneas en blanco del boletín y poniendo en él su nombre, fecha del encuentro, dirige el documento al ministerio de Marina, en Washington, ó en su defecto, al consulado norteamericano más próximo.

En 1898 fueron recogidas en el Atlántico 143 botellas; en el Pacífico 16 y en el Océano Indico 2; todas cuyas referencias llegaron perfectamente á Washington.

Nada más variable que el tiempo empleado por las botellas en cumplir su cometido. Una de ellas, lanzada el 13 de Setiembre de 1895 entre Terranova é Islandia, en medio del Atlántico, no fué recogida hasta el 22 de Mayo de 1898 en un banco de arena de las islas Bahamas, después de haber recorrido 4.000 millas, ó sea ochenta kilómetros diarios.

El trayecto más rápido lo hizo una botella lanzada el 7 de Mayo de 1890 al SE.

de la desembocadura del Orinoco y que fué recogida el 13 de Mayo siguiente á 190 millas más al NO., lo que da una velocidad de 50 kilómetros por día.

Dos mil capitales se han consagrado á estos útiles ejercicios é experiencias; pero no se cree que son los americanos los más entusiastas, puesto que hay 158 de ellos contra 1.100 ingleses y 154 alemanes.—X.

Notables Talismanes

La historia nos enseña el gran aprecio que desde los tiempos remotos se ha demostrado siempre por los amuletos ó talismanes, de los cuales se han hallado numerosos ejemplares, especialmente en las tumbas egipcias.

Esta costumbre de atribuir cualidades maravillosas á un objeto determinado no se ha extinguido aún, y en la culta Europa muchas son las personas, entre ellas algunas de estirpe real, que siguen la tradición de llevar siempre un talisman que ha de proporcionarles dicha, sin cuento, ó por lo menos, ha de libertarles de una catástrofe.

El autócrata soberano que empuña el cetro de todas las Rusias, lleva siempre una sortija, sobre todo cuando sale de su palacio, y por nada del mundo emprendería un simple paseo, si no fuese acompañado de su talisman.

Esta sortija, que contiene un pedacito de la verdadera cruz de Jesucristo, es heredada de padre á hijo por los Emperadores de Rusia, y su valor misterioso subió de punto desde el momento en que se supo que el Czar Alejandro, abuelo del actual, no la llevaba puesta el día del horrible atentado que privó de la vida á S. M. I.

El Shah de Persia lleva constantemente un cinturón, donde se ve engarzada una soberbia esmeralda, á la cual Su Magestad atribuye el mismo valor que el Czar presta á su milagroso anillo. El antecesor del actual monarca persa llevaba siempre dicho cinturón, al que consideraba como su talisman protector, y esta creencia se arraigó más en aquella nación por la coincidencia extraña de que el día que S. M. murió ~~causando~~ ~~había~~ ~~causado~~ ~~ponerse~~ el cinturón. Este hecho ha servido de norma al ac-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 354

RENATA MAUPERIN

355

—Mamá, dame mi fi. h. encarnado, que está en ese cajón—dijo sin contestar.—No hay que asustarle. Y atado el fi. h. en forma de corbata, añadió:—Ahora, tráele pronto.

Denoiel entró en la habitación impregnada de ese vago olor de enfermas jóvenes, como el que produce un ramo ajado de flores moribundas.

—Es mucha amabilidad el venir... Mire usted, por V. me he puesto este fi. h. ... Recuerdo que le gustaba con él.

Denoiel se inclinó sobre sus manos y se las besó.

—Es Denoiel—dijo en el fondo de la habitación M. Mauperin á su esposa.—Esta, al pronto, no pareció oír; pero al cabo de un instante se levantó, dirigiéndose á Denoiel, le dió un beso frío y se volvió á su sombrío rincón.

—Vacale, cómo me encuentra V.? ¿Verdad que no estoy tan cambiada?—Y sin darle tiempo á contestar:—Porque tengo un piérol' papá qué siempre dice que talgo más allá... ¡er tan tercol! Por más que le digo que estoy mejor, sostiene lo contrario. Cuando está buena del todo, ya verá V. como sigue creyéndose enferma.

Y observando que Denoiel le miraba el brazo por junto á la muñeca que había dejado descubierta un botón que se había salido de la manga, se apresuró á

cerrarlo, diciendo:

—He adelgazado un poco; pero no es nada... ya engordaré... Papá, te acuerdas de la historia que sabemos á propósito de esto... y que nos hizo reír tanto en la granja de Breuvannes, en casa de Teteviude? Figúrese usted, Denoiel, que aquel buen hombre nos guardaba unos canchales hacia dos años. En el momento de sentarnos á la mesa, papá le dijo:—¿Dónde está la hija, Teteviude? Quiero que coma con nosotros... ¿No está en casa?—Sí, señor.—Pues que venga, ó no consiento en tocar la sopa.—El padre se aleja y á poco oímos hablar y llorar durante un cuarto de hora. Por fin volvió solo:—Es que no se atreve, porque dice que está muy flaco...—Pero, papá, la pobre madre no ha salido de este cuarto hace dos días... ¿Por qué no la haces tomar un poco el aire, ahora que tengo enfermero?

—¡Ah! mi buena Renata—dijo Denoiel cuando estuvieron solos—no sabe V. cuanto me complazco verla tan alegre... Es buena señal de que ahora marchará todo bien, y con los cuidados de los papás y los de su fiel perro Denoiel, que desde este momento quedará con permiso de V...

—¿También V., pobre amigo? Pero, mireme V. Extendió hacia él ambas manos para que le ayudase á volverse, de manera que la luz la diese en el



LXIII

Acía unos calores extraordinarios; por la noche se dejaban abiertas las ventanas de la habitación de Renata, y no se encendían lámparas para no atraer mariposillas que le daban miedo. Habíabase, y á medida que la claridad se iba extinguendo, las palabras y los pensamientos caían en en el recogimiento de las horas sin luz y de los sueños velados. Los tres permanecían silenciosos, respirando el cielo y entregados á la noche. M. Mauperin